CULTURAS
Página/12

JOHN UPDIKE: UN CONEJO CORRIDO POR LA MUERTE Y LA DEPRAVACION. UNO DE LOS MAS IMPORTANTES AUTORES NORTEAMERICANOS REFLEXIONA SOBRE SU OBRA Y SOBRE EL MUNDO EN GENERAL, CAMBIANDO LA PASION POR LA EXPERIENCIA.



CRONICAS DE UN DIA QUE NO TERMINO

La votación del domingo pasado instaló tres situaciones que no son tan maleables a la prosa: llevó a la mayoría a un peronismo que, desde otros sitios, se consideraba quebrado; exaltó a los liberales al dieciocho por ciento de los pensantes; trajo desde Tucumán, hasta el Congreso, a un socio del famoso ex general de División Antonio Domingo Bussi, ducho en represión. De ese curioso apareamiento local, se ocupa, en este número, Tomás Eloy Martínez, quien retoma, como en su novela *Sagrado,* la formación de los mitos de su provincia. Aníbal Ford, narrador y ensayista, baraja desde otro lugar, también propio, el tamaño de su esperanza. Miguel Briante indaga en dos situaciones que son una: la vieja división de los argentinos, hecha de pasiones, y su reflejo en un lugar que, como decía Bioy Casares de París, de tan cosmopolita se transforma en un pueblito de provincias.

Esa antigua discordia de las sangres

Por Miguel Briante

Hace mucho tiempo, Ernesto Sábato, joven, se le plantó a un Borges que ya bordeaba la fama internacional, para reprocharle su aristocrática visión del peronismo. Sábato alegaba que esa corriente política era la expresión de los que no habían podido nunca expresarse. En esos tiempos, los liberales tenían un sólo nombre: botas. Curiosamente, y esto no es novedad, habría que celebrar que ahora los chicos de Alsogaray –los de la represión para un destino manifiesto: esta atadura ya ancestral con los comechingones que, como siempre, habitan al Norte– lleguen a tener voz pero no botas. Curiosamente, también, Sábato fue espejo de Borges: alcanzaron a encontrarse en Alfonsín. Borges murió sin que Alfonsín –tan caballero como lo habían sido, para él, los militares anteriores, hasta que admitió, con sinceridad, que el llanto de las Madres de Plaza de Mayo no podía ser mentira– lo traicionara. Sábato no: quedó pagando con la ley de obediencia debida, después de haberse desgañitado en la CONADEP. Parece que el país siempre les hace trampas a los intelectuales, como toro que le sacara el cuerpo a un torero apurado.

Algunos hombres, Alfonsín incluido, Cafiero incluido, salen a las lides; los escribidores, por lo general, se parecen a esos almaceneros de pueblo, de antes, que anotaban en la libreta sabiendo que iban a cobrar cuando terminara la cosecha. Si no cobraban, por lo menos no habían sufrido la lluvia, la multitud de sus deudores les permitía ir tirando, siempre. Más allá de que los almaceneros ahora puedan ser Alfonsín y Cafiero –quienes seguramente se van a hablar, entre ellos, para asegurar afuera que acá no hay cucos y que se pueden traer capitales con tranquilidad–, subsiste, en la realidad de ciertos círculos, aquella vieja polémica que un día despertó a Sábato contra Borges: que se vienen las hordas peronistas.

Una tristeza casi ritual ganaba –y es ejemplo, nada más– a los elegantes asistentes a una muestra de pintura inaugurada hace dos días: ¿y ahora, qué va a pasar?, se decían, entre otros, funcionarios de la cultura radical que, después del segundo whisky, admitían que gran parte del cachetazo electoral era un rechazo a la soberbia ejercida por la gente del Gobierno. Alguien, no precisamente radical, recordó la lista de "gente de la cultura" que apoyaba a Alfonsín días antes de las elecciones: los radicales de la reunión –buena gente, sorprendida– debieron decir que sí, que la mayoría de esos firmantes eran, o habían sido, funcionarios del Gobierno. La astucia estuvo en no poner las primeras figuras. El error, en creer que la *difunta* Libertad Lamarque votaba a Alfonsín y no contra el fantasma de Evita.

A ideas sueltas, cabos atados. El sábado, una semana antes de las elecciones, uno de los funcionarios, y no chico, de la Secretaría de Cultura de la Municipalidad de Buenos Aires, saludó, no sin sorna, a un periodista, dicho zurdo. Era en La Biela, mientras tronaban voces alentando a votar a Alsogaray. El hombre le dijo al zurdo algo así:

"Si no ganamos nosotros, ustedes van a ser los primeros en caer".

El zurdo sintió una sorda amenaza. Pensó, zurdo al fin, que no se podía fachear desde el radicalismo, tan civil.

En el día de las elecciones, siempre por esa zona, La Recoleta, se pudieron registrar algunas cosas:

Que, raro, las señoras y los señores del Barrio Norte habían encontrado que no votaban en el lugar de siempre. Muchos, no todos, caían con esa costumbre de haber votado de nacimiento en su lugar, y no estaban en la lista. Así que tenían que irse hasta la Comisaría 17, para averiguar dónde votaban. En la comisaría, sobre Las Heras, había una cola bárbara. En esa cola, de una manera alevosa, estaba la verdad: una mucama, y un tapado de piel, una mucama y los zapatos de Perugia, una mucama y la señora. Tardó un poco en saberse que no había modo: porque, claro, no faltó la señora que se puso al frente de la cola, y fue a entrar. Con serenidad, sin falta de respeto, señora, le dijeron que se fuera para atrás. A la cola, señora, le dijeron.

¿Por qué ese empeño en votar de la gente de servicio, siempre tan dejada? Se fue sabiendo a la noche. Antes, en la tarde, La Recoleta –esa vereda tan linda, llena de confiterías, al lado del gomero histórico que tanto supieron defender cuando casi lo mata Cacciatore con esa playa de estacionamiento, frente a los muertos ilustres que custodian los cimientos de la patria– era una tensa espera, y también una secreta alegría. Adelina de Viola, en el televisor, clavó hacia las siete de la tarde la cifra histórica: el 18 por ciento, dijo, y fue. Pero en la tarde, y desde el mediodía, algunos gallegos se animaron a abrir un boliche "cache", "adonde van los turcos, viste" y se deben haber llenado de plata. Una señora de unos cuarenta y cinco años se acercó a un grupo de amigas, que por fin, en el tumulto, habían logrado una mesa. Dijo: "Voté por Camilión". La miraron, como cruzando la historia. Una dijo: "Vos ya eras así de chica, en la escuela. Rebelde. Acordate que cuando tenías malas notas le imitabas la firma a tu papá en el boletín". La mesa conseguida no fue compartida.

Y a la noche, pero no tanto, cuando se sabía lo de la UCeDé pero no lo de radicales y peronistas, y todavía había esperanzas, un chico de esos de a caballo –"si a mí me das un caballo sin hacer es distinto", decía después, "no es lo mismo un caballo al que no le hicieron entender de movida", decía después, hablando de caballos–, se acercó, en uno de los pocos restaurantes abiertos sobre la calle Ortiz, "Lola", y cuando lo miraron dijo: "Están ganando ellos".

Mientras tanto, una chica, Mónica Gutiérrez, locutora, cansada por el trajín del día, parecía llorar frente a cámaras. Su compañero –se ve que hablaban en los entreactos– dijo, en un momento: "Ahora Mónica Gutiérrez va a volver a su antiguo oficio de docente, y va a escribir con buena letra en el pizarrón los resultados parciales". Fue un chiste. Pero: ella, ¿por qué lloraba? Y él ¿por qué se lo dijo?

Es como si siguiera, eterna, la misma polémica que un día le hizo decir a Sábato que Borges se equivocaba con el peronismo. Para no ir tan atrás, para no mentar unitarios y federales, para no tener que inventar siempre metáforas que épicamente llamen a la sangre "agua de la batalla". Minucias para un olvido imposible que siempre va a ser contestado –como en el secreto de las urnas– por la realidad.

Cierto mediodía del último julio, una bandada de gorriones que volaba por los extramuros de Tucumán sucumbió a un golpe de sol y cayó sobre la cabeza de los caminantes. Que los pájaros se precipiten insolados en los veranos ha sido siempre un presagio de tristeza. Pero en el invierno significa tragedia. Una mujer recogió los pájaros y tuvo la insolencia de ir a dejarlos a la puerta del bufete del doctor Exequiel Avila Gallo.

El doctor estaba de un humor intolerante. Había pasado la mañana tramando suertes de solitario entre las bibliotecas de vitrinas donde sobrevivían, ralos, unos pocos volúmenes de la revista *La Ley*. No podía prender el ventilador porque el cuarto estaba lleno de unos ínfimos papelitos en los que se leía, copiada en mimeógrafo la leyenda *Bussi Gobernador/ Defensa Provincial Bandera Blanca*, y al más leve desparramo del viento los papeles se abrían paso en el vientre de los sillones destripados o se remontaban hacia las telarañas del techo.

Los fracasos habían vuelto al doctor obeso y torvo. Había arruinado la juventud en un partido de provincia, el Bandera Blanca, cuyo fundador le confiaba sólo menesteres de dactilógrafo. Acabó por retirarle el saludo en 1973, cuando al amparo de los desórdenes peronistas el doctor dejó impagas unas cuentas en la sastrería Ñaró y tuvo que declararse en quiebra. Quiso la fortuna que el fundador muriera pocas semanas después. Avila Gallo logró colar en el funeral un discurso que abundaba en invocaciones a la paz y al orden, y anunció que asumiría la herencia del partido.

A sus espaldas, en la pared descascarada del bufete lucía el único recuerdo de los años eufóricos que siguieron. Era una foto de cuerpo entero del propio general Antonio Bussi, en su despacho de gobernador, estrechando la mano de un Avila Gallo que se adornaba el ojal con un clavel amarillo. Bussi tenía la cabeza erguida: su vasto mentón amenazaba el horizonte. Llevaba uniforme de fajina y una ristra de granadas le colgaba del cinto.

Con los créditos bancarios de aquellos tiempos, el doctor había cambiado las cañerías de la casa, restaurado los baños y ampliado el panteón de la familia en el Cementerio del Oeste. La democracia sólo había servido para recordarle las deudas.

Iba a entretenerse con otro solitario cuando un caballero alto y engominado llamó a la puerta. Reconoció el olor de la prosperidad y trotó, ágil, hacia el zaguán, desentendiéndose de las torpezas de su renguera.

–Soy Arquímedes Soto –se presentó el caballero–. Usted puede llamarme coronel. Vengo a ordenarle que se deshaga de todos estos papelitos. Y ahora deje de sudar, hombre. En dos meses lo haremos diputado nacional.

Suspendido en el aire de su propia incredulidad, el doctor Avila Gallo vio desplegarse, entre los naipes del solitario, el mapa de lo que serían sus próximas semanas. Crearemos un Comité para la Recuperación de Tucumán, lo apremió el coronel. Movilizaremos a los taxistas, arengaremos a los peones en las fincas de los cañeros amigos. Y cuando el fuego esté listo, pondremos al general Bussi en la vidriera. ¿Cuántos votos sacó su partido en la elección del '85?

–Mil –mintió el abogado–. Seiscientos sesenta y dos –se corrigió.

–Necesitamos ochenta mil por lo menos –dijo el coronel–. Vamos a poner en Tucumán la piedra fundamental del partido del Ejército. ¿Recuerda el MON, Movimiento de Opinión Nacional? Fue una idiotez de Videla y de Massera. Querían crear un aparato político desde el gobierno. Les faltaba perspicacia. Los grandes movimientos históricos sólo prosperan en la desgracia y en la oposición.

Avila Gallo se sintió acometido por un arrebato de franqueza.

–Bandera Blanca entonces no es lo que le conviene, coronel. Somos un partido muerto. Hemos quedado yo y este sello de goma. ¿Por qué no buscan a Celestino Gelsi? Es un caudillo. Si lo apoyan les puede levantar treinta o cuarenta mil voluntades tranquilamente. Nosotros nunca llegaríamos. ¿No se ha enterado que, después de los gastos en que nos hemos metido, el general Bussi no me atiende al teléfono? Ochenta y cinco australes me han salido los volantitos. No coronel. Me gustaría ser su hombre para esta patriada, pero no puedo comprometerme.

Una gallina cloqueó ante la ventana del bufete. El mediodía se volvió lechoso. La humedad subió por la pierna renga de Avila Gallo y comenzó a escocerle.



El coronel sacó un fajo de billetes y lo arrojó sobre el escritorio.

–Son diez mil australes para empezar –dijo–. Ponga mañana en *La Gaceta* un aviso de dos columnas por veinte, nada escandaloso. Que sólo anuncie: *El general ha vuelto*. No lo firme con su nombre ni con la Bandera Blanca. Usted no entiende nada. ¿No se da cuenta de que un partido en quiebra es lo que necesitamos? Si acudiéramos a Gelsi, los votos se nos entreverarían y acabaríamos sin saber cuántos argentinos son los que de veras sienten nostalgia por los militares. Con su partido, todo se verá claro. Lo que haya por encima de 600 votos nos pertenece.

El dinero afluyó entonces de los manantiales más raros. Manos caritativas donaban pintura y estuco para restaurar la fachada del comité partidario y en el salón de actos aparecieron sillones nuevos. Desde Buenos Aires llegaban voluntarios con bocetos de publicidad para la campaña del general y predicadores que vaticinaban décadas de ordenada riqueza. Algunos alquilaban Falcon verdes y se paseaban al caer la tarde enarbolando grandes banderas blancas.



Con todo, el general Bussi seguía resis-

EL
HA
TU

Esa antigua discordia de las sangres

Por Miguel Briante

Hace mucho tiempo, Ernesto Sábato, joven, se le plantó a un Borges que ya bordeaba la fama internacional, para reprocharle su aristocrática visión del peronismo. Sábato alegaba que esa corriente política era la expresión de los que no habían podido nunca expresarse. En esos tiempos, los liberales tenían un sólo nombre: botas. Curiosamente, y esto no es novedad, habría que celebrar que ahora los chicos de Alsogaray –los de la represión para un destino manifiesto: esta atadura ya ancestral con los comechingones que, como siempre, habitan al Norte– lleguen a tener voz pero no botas. Curiosamente, también, Sábato fue espejo de Borges: alcanzaron a encontrarse en Alfonsín. Borges murió sin que Alfonsín –tan caballero como lo habían sido, para él, los militares anteriores, hasta que admitió, con sinceridad, que el llanto de las Madres de Plaza de Mayo no podía ser mentira– lo traicionara. Sábato no: quedó pagando con la ley de obediencia debida, después de haberse desgañitado en la CONADEP. Parece que el país siempre les hace trampas a los intelectuales, como toro que le sacara el cuerpo a un torero apurado.

Algunos hombres, Alfonsín incluido, Cafiero incluido, salen a las lides; los escribidores, por lo general, se parecen a esos almaceneros de pueblo, de antes, que anotaban en la libreta sabiendo que iban a cobrar cuando terminara la cosecha. Si no cobraban, por lo menos no habían sufrido la lluvia, la multitud de sus deudores les permitía ir tirando, siempre. Más allá de que los almaceneros ahora puedan ser Alfonsín y Cafiero –quienes seguramente se van a hablar, entre ellos, para asegurar afuera que acá no hay cucos y que se pueden traer capitales con tranquilidad–, subsiste, en la realidad de ciertos círculos, aquella vieja polémica que un día despertó a Sábato contra Borges: que se vienen las hordas peronistas.

Una tristeza casi ritual ganaba –y es ejemplo, nada más– a los elegantes asistentes a una muestra de pintura inaugurada hace dos días: ¿y ahora, qué va a pasar?, se decían, entre otros, funcionarios de la cultura radical que, después del segundo whisky, admitían que gran parte del cachetazo electoral era un rechazo a la soberbia ejercida por la gente del Gobierno. Alguien, no precisamente radical, recordó la lista de "gente de la cultura" que apoyaba a Alfonsín días antes de las elecciones: los radicales de la reunión –buena gente, sorprendida– debieron decir que sí, que la mayoría de esos firmantes eran, o habían sido, funcionarios del Gobierno. La astucia estuvo en no poner las primeras figuras. El error, en creer que la *difunta* Libertad Lamarque votaba a Alfonsín y no contra el fantasma de Evita.

A ideas sueltas, cabos atados. El sábado, una semana antes de las elecciones, uno de los funcionarios, y no chico, de la Secretaría de Cultura de la Municipalidad de Buenos Aires, saludó, no sin sorna, a un periodista, dicho zurdo. Era en La Biela, mientras tronaban voces alentando a votar a Alsogaray. El hombre le dijo al zurdo algo así:

"Si no ganamos nosotros, ustedes van a ser los primeros en caer".

El zurdo sintió una sorda amenaza. Pensó, zurdo al fin, que no se podía fachear desde el radicalismo, tan civil.

En el día de las elecciones, siempre por esa zona, La Recoleta, se pudieron registrar algunas cosas:

Que, raro, las señoras y los señores del Barrio Norte habían encontrado que no votaban en el lugar de siempre. Muchos, no todos, caían con esa costumbre de haber votado de nacimiento en su lugar, y no estaban en la lista. Así que tenían que irse hasta la Comisaría 17, para averiguar dónde votaban. En la comisaría, sobre Las Heras, había una cola bárbara. En esa cola, de una manera alevosa, estaba la verdad: una mucama, y un tapado de piel, una mucama y los zapatos de Perugia, una mucama y la señora. Tardó un poco en saberse que no había modo: porque, claro, no faltó la señora que se puso al frente de la cola, y fue a entrar. Con serenidad, sin falta de respeto, señora, le dijeron que se fuera para atrás. A la cola, señora, le dijeron.

¿Por qué ese empeño en votar de la gente de servicio, siempre tan dejada? Se fue sabiendo a la noche. Antes, en la tarde, La Recoleta –esa vereda tan linda, llena de confiterías, al lado del gomero histórico que tanto supieron defender cuando casi lo mata Cacciatore con esa playa de estacionamiento, frente a los muertos ilustres que custodian los cimientos de la patria– era una tensa espera, y también una secreta alegría. Adelina de Viola, en el televisor, clavó hacia las siete de la tarde la cifra histórica: el 18 por ciento, dijo, y fue. Pero en la tarde, y desde el mediodía, algunos gallegos se animaron a abrir un boliche "cache", "adonde van los turcos, viste" y se deben haber llenado de plata. Una señora de unos cuarenta y cinco años se acercó a un grupo de amigas, que por fin, en el tumulto, habían logrado una mesa. Dijo: "Voté por Camilión". La miraron, como cruzando la historia. Una dijo: "Vos ya eras así de chica, en la escuela. Rebelde. Acordate que cuando tenías malas notas le imitabas la firma a tu papá en el boletín". La mesa conseguida no fue compartida.

Y a la noche, pero no tanto, cuando se sabía lo de la UCeDé pero no lo de radicales y peronistas, y todavía había esperanzas, un chico de esos de a caballo –"si a mí me das un caballo sin hacer es distinto", decía después, "no es lo mismo un caballo al que no le hicieron entender de movida", decía después, hablando de caballos–, se acercó, en uno de los pocos restaurantes abiertos sobre la calle Ortiz, "Lola", y cuando lo miraron dijo: "Están ganando ellos".

Mientras tanto, una chica, Mónica Gutiérrez, locutora, cansada por el trajín del día, parecía llorar frente a cámaras. Su compañero –se ve que hablaban en los entreactos– dijo, en un momento: "Ahora Mónica Gutiérrez va a volver a su antiguo oficio de docente, y va a escribir con buena letra en el pizarrón los resultados parciales". Fue un chiste. Pero: ella, ¿por qué lloraba? Y él ¿por qué se lo dijo?

Es como si siguiera, eterna, la misma polémica que un día le hizo decir a Sábato que Borges se equivocaba con el peronismo. Para no ir tan atrás, para no mentar unitarios y federales, para no tener que inventar siempre metáforas que épicamente llamen a la sangre "agua de la batalla". Minucias para un olvido imposible que siempre va a ser contestado –como en el secreto de las urnas– por la realidad.

EL GENERAL HA VUELTO A TUCUMAN

Por Tomás Eloy Martínez

Cierto mediodía del último julio, una bandada de gorriones que volaba por los extramuros de Tucumán sucumbió a un golpe de sol y cayó sobre la cabeza de los caminantes. Que los pájaros se precipiten insolados en los veranos ha sido siempre un presagio de tristeza. Pero en el invierno significa tragedia. Una mujer recogió los pájaros y tuvo la insolencia de ir a dejarlos a la puerta del bufete del doctor Exequiel Avila Gallo.

El doctor estaba de un humor intolerante. Había pasado la mañana tramando suertes de solitario entre las bibliotecas de vitrinas donde sobrevivían, ralos, unos pocos volúmenes de la revista *La Ley*. No podía prender el ventilador porque el cuarto estaba lleno de unos ínfimos papelitos en los que se leía, copiada en mimeógrafo la leyenda *Bussi Gobernador/ Defensa Provincial Bandera Blanca*, y al más leve desparramo del viento los papeles se abrían paso en el vientre de los sillones destripados o se remontaban hacia las telarañas del techo.

Los fracasos habían vuelto al doctor obeso y torvo. Había arruinado la juventud en un partido de provincia, el Bandera Blanca, cuyo fundador le confiaba sólo menesteres de dactilógrafo. Acabó por retirarle el saludo en 1973, cuando al amparo de los desórdenes peronistas el doctor dejó impagas unas cuentas en la sastrería Ñaró y tuvo que declararse en quiebra. Quiso la fortuna que el fundador muriera pocas semanas después. Avila Gallo logró colar en el funeral un discurso que abundaba en invocaciones a la paz y al orden, y anunció que asumiría la herencia del partido.

A sus espaldas, en la pared descascarada del bufete lucía el único recuerdo de los años eufóricos que siguieron. Era una foto de cuerpo entero del propio general Antonio Bussi, en su despacho de gobernador, estrechando la mano de un Avila Gallo que se adornaba el ojal con un clavel amarillo. Bussi tenía la cabeza erguida: su vasto mentón amenazaba el horizonte. Llevaba uniforme de fajina y una ristra de granadas le colgaba del cinto.

Con los créditos bancarios de aquellos tiempos, el doctor había cambiado las cañerías de la casa, restaurado los baños y ampliado el panteón de la familia en el Cementerio del Oeste. La democracia sólo había servido para recordarle las deudas.

Iba a entretenerse con otro solitario cuando un caballero alto y engominado llamó a la puerta. Reconoció el olor de la prosperidad y trotó, ágil, hacia el zaguán, desentendiéndose de las torpezas de su renguera.

–Soy Arquímedes Soto –se presentó el caballero–. Usted puede llamarme coronel. Vengo a ordenarle que se deshaga de todos estos papelitos. Y ahora deje de sudar, hombre. En dos meses lo haremos diputado nacional.

Suspendido en el aire de su propia incredulidad, el doctor Avila Gallo vio desplegarse, entre los naipes del solitario, el mapa de lo que serían sus próximas semanas. Crearemos un Comité para la Recuperación de Tucumán, lo apremió el coronel. Movilizaremos a los taxistas, arengaremos a los peones en las fincas de los cañeros amigos. Y cuando el fuego esté listo, pondremos al general Bussi en la vidriera. ¿Cuántos votos sacó su partido en la elección del '85?

–Mil –mintió el abogado–. Seiscientos sesenta y dos –se corrigió.

–Necesitamos ochenta mil por lo menos –dijo el coronel–. Vamos a poner en Tucumán la piedra fundamental del partido del Ejército. ¿Recuerda el MON, Movimiento de Opinión Nacional? Fue una idiotez de Videla y de Massera. Querían crear un aparato político desde el gobierno. Les faltaba perspicacia. Los grandes movimientos históricos sólo prosperan en la desgracia y en la oposición.

Avila Gallo se sintió acometido por un arrebato de franqueza.

–Bandera Blanca entonces no es lo que le conviene, coronel. Somos un partido muerto. Hemos quedado yo y este sello de goma. ¿Por qué no buscan a Celestino Gelsi? Es un caudillo. Si lo apoyan les puede levantar treinta o cuarenta mil voluntades tranquilamente. Nosotros nunca llegaríamos. ¿No se ha enterado que, después de los gastos en que nos hemos metido, el general Bussi no me atiende al teléfono? Ochenta y cinco australes me han salido los volantitos. No coronel. Me gustaría ser su hombre para esta patriada, pero no puedo comprometerme.

Una gallina cloqueó ante la ventana del bufete. El mediodía se volvió lechoso. La humedad subió por la pierna renga de Avila Gallo y comenzó a escocerle.

El coronel sacó un fajo de billetes y lo arrojó sobre el escritorio.

–Son diez mil australes para empezar –dijo–. Ponga mañana en *La Gaceta* un aviso de dos columnas por veinte, nada escandaloso. Que sólo anuncie: *El general ha vuelto*. No lo firme con su nombre ni con la Bandera Blanca. Usted no entiende nada. ¿No se da cuenta de que un partido en quiebra es lo que necesitamos? Si acudiéramos a Gelsi, los votos se nos entreverarían y acabaríamos sin saber cuántos argentinos son los que de veras sienten nostalgia por los militares. Con su partido, todo se verá claro. Lo que haya por encima de 600 votos nos pertenece.

El dinero afluyó entonces de los manantiales más raros. Manos caritativas donaban pintura y estuco para restaurar la fachada del comité partidario y en el salón de actos aparecieron sillones nuevos. Desde Buenos Aires llegaban voluntarios con bocetos de publicidad para la campaña del general y predicadores que vaticinaban décadas de ordenada riqueza. Algunos alquilaban Falcon verdes y se paseaban al caer la tarde enarbolando grandes banderas blancas.

Con todo, el general Bussi seguía resistiéndose a ser candidato. Cuando Avila Gallo lo llamaba por teléfono ya no porfiaba en esquivarlo, pero insistía en que la patria no lo reclamaba con suficiente fuerza. Prefería reservarse por ahora para ocasiones más heroicas.

A mediados de agosto, la historia empezó a darse vuelta. Un peón de taxi creyó identificar en dos partidarios del general a los torturadores de su hijo. Lo asaltaron en un callejón y le marcaron la cara con un hachazo. En Simoca, los estudiantes que pintaban *Bussi asesino* en la pared del cementerio fueron perseguidos en los cañaverales y apaleados con unos bates de béisbol. Llegaban decenas de cartas amenazantes a los organismos de los derechos humanos y todos los policías que habían sido retirados después de la dictadura se pavonearon por la Plaza Independencia con trajes nuevos. Hacia fines de mes, la gente que le debía favores al general desde sus tiempos de gobernador pagó páginas de publicidad en *La Gaceta* que anunciaban, entre panoplias de banderas blancas, *El general Bussi ha vuelto a Tucumán*.

Una medianoche, el doctor Avila Gallo fue levantado por la voz imperativa del candidato. Lo llamaba desde Buenos Aires:

–Ya no me quedan dudas de que la patria nos reclama, doctor. Ahora debemos hacer lo que el pueblo quiera.

Los actos de campaña del general sembraron algunos heridos en el interior de la provincia, pero como al día siguiente las brigadas femeninas de Bandera Blanca organizaban misas para impetrar por la salud de los enfermos, las quejas de la gente fueron cayendo en el vacío.

Cuando Exequiel Avila Gallo acudió a votar el 6 de setiembre, había decenas de fotógrafos y cámaras de televisión a las puertas del cuarto oscuro. La fama lo había descuidado durante cincuenta y seis años. Tuvo el presentimiento de que no volvería a sucederle.

El entusiasmo lo hizo cometer un insignificante desliz. Declaró a las radios que un Orden Nuevo se había puesto en marcha y que las elecciones de Tucumán eran la prueba piloto para reponer a los ex comandantes como mentores espirituales de la patria. Luego, se podría consagrar al general Antonio Bussi como presidente. "Por la razón o por la fuerza", tronó, con el bastón en ristre. Noventa y dos mil votos lo saludaron.

En Tucumán se tejen muchas cizañas y habladurías, y tal vez la historia que acabo de contar no sea verdadera. Conocí un Exequiel Avila Gallo en mi adolescencia. Era un muchacho esmirriado y gritón, con quien jugábamos al ajedrez en el bar El Molino. Nada que ver con el recién electo diputado nacional ni con el siniestro personaje homónimo de una famosa novela. Menos todavía con el obeso vicario de los militares cuyas hazañas he copiado aquí. Tales coincidencias son siempre posibles. A la gente de Tucumán le complace que las personas se llamen igual, y a estas alturas han de vivir miles de Exequiel Avila Gallo en la provincia.

POLLINI

Belgrano era una caldera

Por Aníbal Ford

Primera: Voy a votar con dos de mis hijos medianos. Cuando me dan el sobre le digo a la mesa: entro con los chicos. Un muchacho joven, con pinta de universitario, me contesta: no se puede. No sé por qué le pregunto: ¿qué, cambiaron las costumbres? Me responde: es el reglamento. Lo miro con cara de comunicarle sos un salame, me digo para adentro una vieja frase: a la ley hay que saber interpretarla, y entro solo. Y ahí estoy buscando la boleta peronista que algún guacho dio vuelta cuando se abre la puerta del cuarto oscuro. Aparece un gordito, morocho, con las manos sobre los hombros de los chicos que los hace entrar. Me dice, soy el fiscal, y me mira. Estoy a punto de hacerle una pregunta pero me callo. Esa mirada basta.

Y reflexiono. Ese fiscal, que seguramente no era un sociólogo, había comprendido muchas cosas. Cómo juega en el imaginario infantil lo del "cuarto oscuro". Cómo la política se inicia, se constituye desde la infancia sobre todo ahora en que los chicos se "inician" en tantas cosas a través de la televisión. Cómo, ante tanto mensaje político, los chicos ingresan la política en el circuito familiar. Las preguntas en la mesa: ¿papá, Mengano, es bueno o es malo? Pero por debajo de esto hay otra problemática, más pesada: el juego entre reglamentación y cultura. O la diferencia entre democracia formal y democracia popular, cultural, abierta. El tema es espeso y tiene varias puntas. Pero reflexiono –y me vienen a la mente viejos pensadores peronistas y nacionales– que este es un país con una enorme brecha entre su "reglamentación" y su cultura. Un país muy pensado por los "doctores" y poco pensado desde su vida cotidiana. En el fondo un país que no tiene claras sus políticas de comunicación, información y cultura y las relaciones de esto con lo político, social y económico. Un paquete que a los ponchazos siempre estuvo en el corazón del peronismo y que tal vez ahora haya que resolver.

Segunda: Vuelvo a casa. Tengo que terminar un artículo para *Crisis* sobre el congreso de comunicación de Mendoza donde hay muchas cosas que se relacionan con lo que planteé más arriba y donde se da un presagio: los radicales rehúyen el debate. (Y eso que el debate público es la esencia de la democracia.) No puedo concentrarme. Empiezan los datos. Pero no aguanto la pantalla y me voy a la sede de la Renovación en la calle Belgrano. Umberto Eco, estrella de la comunicología y la semiología, dice: yo sólo conozco la realidad contemporánea a través de la televisión. Nosotros, "comunicólogos" berretas de la periferia todavía tenemos esta ventaja: nos podemos meter o estamos dentro de los hechos.

Belgrano era una caldera ya cuando todavía no se había computado ni el 10% de los votos. No hay información. Los porcentajes, los datos se cambian por otras cosas: por los constantes y repetidos abrazos entre viejos compañeros. Esos abrazos fuertes, peronistas, que trasmiten más información que todas las computadoras de Terragno. Sin datos, ya hay sensación térmica de triunfo. No falta el exagerado que pasa diciendo: "Alfonsín perdió en Chascomús". Y así hasta que alguien se para arriba de una mesa, pide silencio y comunica que Casella llamó reconociendo el triunfo de Cafiero. Y ahí estalla todo. Se canta la marchita "qué grande sos" hasta la afonía. Emerge el "se siente, se siente, Perón está presente". Siguen los cantitos. Alguien comienza con el "Volveremos, volveremos", hasta que otro corrige desde atrás; "¡volvimos, volvimos!" y el canto se da vuelta. Sobre la marcha. Por debajo se siente algo que no se dice, pero está presente: el recuerdo de los muchos que murieron por la construcción de un proyecto nacional y popular.

Cafiero comienza a hablar a la multitud que está afuera. Intentamos salir pero casi es imposible, casi no puedo escucharlo. La gente va acumulando su alegría y su presencia frente al local. Por fin me filtro por un costado, donde se asiste a los desmayados, y tomo por Tacuarí. Vuelvo a casa. Quiero abrazar a mi mujer. Y mientras regreso me cruzo con autos y camiones que van cayendo de la provincia para festejar el triunfo hasta que voy saliendo del centro y las calles comienzan a vaciarse.

Tercera: A partir de aquí tendría que reflexionar pero no tengo un carajo de ganas. Se me ocurren sólo lugares comunes o datos que están en los diarios. Mi corazoncito de laburante de la comunicación y la cultura me hace pensar: otra vez ganamos *casi* con los medios en contra, y reforzar mi fe en la gente, que no es tan manipuleable, que no es tan "masa" y pasiva. O que se pudrió de los golpes bajos del radicalismo. Yo me había preocupado por el debate Cafiero-Casella porque Cafiero no le había recordado que el despelote del peronismo entre 1973 y 1976 era producto de 18 años de proscripción, o que el idealizado Illia ganó con el 24% de los votos y el peronismo prohibido. Y esto mucha gente no lo sabe, sobre todo los jóvenes. Pero deben haber percibido algo: tal vez el gorilismo esencial del radicalismo, su actitud "educativa", su desconexión con la cultura popular, su modernismo antiobrero, su soberbia. Esa soberbia que les impidió, a pesar de los muchos "sociómetros" que tienen en sus equipos prever (o "simular") una derrota y que ahora haga que tengamos que esperar que Alfonsín reflexione y reflexione, lo cual es costosísimo para el país.

Pero más que todo, me centré en pensar en que la gente apostó al peronismo más allá de sus planes no del todo orgánicos, de sus falencias, porque vio en el laburo hecho hasta ahora por su militancia a fuerza de corazón la potencialidad para construir un proyecto nacional autónomo, abierto, participativo y con justicia social. Y aquí la gente no castigó sino que evaluó para adelante. Ahora le toca al peronismo una gran tarea, humilde y trabajosa, para responder a esta esperanza.

Domingo 13 de setiembre de 1987



tiéndose a ser candidato. Cuando Avila Gallo lo llamaba por teléfono ya no porfiaba en esquivarlo, pero insistía en que la patria no lo reclamaba con suficiente fuerza. Prefería reservarse por ahora para ocasiones más heroicas.

A mediados de agosto, la historia empezó a darse vuelta. Un peón de taxi creyó identificar en dos partidarios del general a los torturadores de su hijo. Lo asaltaron en un callejón y le marcaron la cara con un hachazo. En Simoca, los estudiantes que pintaban *Bussi asesino* en la pared del cementerio fueron perseguidos en los cañaverales y apaleados con unos bates de béisbol. Llegaban decenas de cartas amenazantes a los organismos de los derechos humanos y todos los policías que habían sido retirados después de la dictadura se pavonearon por la Plaza Independencia con trajes nuevos. Hacia fines de mes, la gente que le debía favores al general desde sus tiempos de gobernador pagó páginas de publicidad en *La Gaceta* que anunciaban, entre panoplias de banderas blancas, *El general Bussi ha vuelto a Tucumán*.

Una medianoche, el doctor Avila Gallo fue levantado por la voz imperativa del candidato. Lo llamaba desde Buenos Aires:

–Ya no me quedan dudas de que la patria nos reclama, doctor. Ahora debemos hacer lo que el pueblo quiera.

Los actos de campaña del general sembraron algunos heridos en el interior de la provincia, pero como al día siguiente las brigadas femeninas de Bandera Blanca organizaban misas para impetrar por la salud de los enfermos, las quejas de la gente fueron cayendo en el vacío.

Cuando Exequiel Avila Gallo acudió a votar el 6 de setiembre, había decenas de fotógrafos y cámaras de televisión a las puertas del cuarto oscuro. La fama lo había descuidado durante cincuenta y seis años. Tuvo el presentimiento de que no volvería a sucederle.

El entusiasmo lo hizo cometer un insignificante desliz. Declaró a las radios que un Orden Nuevo se había puesto en marcha y que las elecciones de Tucumán eran la prueba piloto para reponer a los ex comandantes como mentores espirituales de la patria. Luego, se podría consagrar al general Antonio Bussi como presidente. "Por la razón o por la fuerza", tronó, con el bastón en ristre. Noventa y dos mil votos lo saludaron.

En Tucumán se tejen muchas cizañas y habladurías, y tal vez la historia que acabo de contar no sea verdadera. Conocí un Exequiel Avila Gallo en mi adolescencia. Era un muchacho esmirriado y gritón, con quien jugábamos al ajedrez en el bar El Molino. Nada que ver con el recién electo diputado nacional ni con el siniestro personaje homónimo de una famosa novela. Menos todavía con el obeso vicario de los militares cuyas hazañas he copiado aquí. Tales coincidencias son siempre posibles. A la gente de Tucumán le complace que las personas se llamen igual, y a estas alturas han de vivir miles de Exequiel Avila Gallo en la provincia.

Por Tomás Eloy Martínez

GENERAL
VUELTO A
CUMAN

Belgrano era una caldera

Por Aníbal Ford

Primera: Voy a votar con dos de mis hijos medianos. Cuando me dan el sobre le digo a la mesa: entro con los chicos. Un muchacho joven, con pinta de universitario, me contesta: no se puede. No sé por qué le pregunto: ¿qué, cambiaron las costumbres? Me responde: es el reglamento. Lo miro con cara de comunicarle sos un salame, me digo para adentro una vieja frase: a la ley hay que saber interpretarla, y entro solo. Y ahí estoy buscando la boleta peronista que algún guacho dio vuelta cuando se abre la puerta del cuarto oscuro. Aparece un gordito, morocho, con las manos sobre los hombres de los chicos que los hace entrar. Me dice, soy el fiscal, y me mira. Estoy a punto de hacerle una pregunta pero me callo. Esa mirada basta.

Y reflexiono. Ese fiscal, que seguramente no era un sociólogo, había comprendido muchas cosas. Cómo juega en el imaginario infantil lo del "cuarto oscuro". Cómo la política se inicia, se constituye desde la infancia sobre todo ahora en que los chicos se "inician" en tantas cosas a través de la televisión. Cómo, ante tanto mensaje político, los chicos ingresan la política en el circuito familiar. Las preguntas en la mesa: ¿papá, Mengano, es bueno o es malo? Pero por debajo de esto hay otra problemática, más pesada: el juego entre reglamentación y cultura. O la diferencia entre democracia formal y democracia popular, cultural, abierta. El tema es espeso y tiene varias puntas. Pero reflexiono –y me vienen a la mente viejos pensadores peronistas y nacionales– que este es un país con una enorme brecha entre su "reglamentación" y su cultura. Un país muy pensado por los "doctores" y poco pensado desde su vida cotidiana. En el fondo un país que no tiene claras sus políticas de comunicación, información y cultura y las relaciones de esto con lo político, social y económico. Un paquete que a los ponchazos siempre estuvo en el corazón del peronismo y que tal vez ahora haya que resolver.

Segunda: Vuelvo a casa. Tengo que terminar un artículo para *Crisis* sobre el congreso de comunicación de Mendoza donde hay muchas cosas que se relacionan con lo que planteé más arriba y donde se da un presagio: los radicales rehúyen el debate. (Y eso que el debate público es la esencia de la democracia.) No puedo concentrarme. Empiezan los datos. Pero no aguanto la pantalla y me voy a la sede de la Renovación en la calle Belgrano. Umberto Eco, estrella de la comunicología y la semiología, dice: yo sólo conozco la realidad contemporánea a través de la televisión. Nosotros, "comunicólogos" berretas de la periferia todavía tenemos esta ventaja: nos podemos meter o estamos dentro de los hechos.

Belgrano era una caldera ya cuando todavía no se había computado ni el 10% de los votos. No hay información. Los porcentajes, los datos se cambian por otras cosas: por los constantes y repetidos abrazos entre viejos compañeros. Esos abrazos fuertes, peronistas, que trasmiten más información que todas las computadoras de Terragno. Sin datos, ya hay sensación térmica de triunfo. No falta el exagerado que pasa diciendo: "Alfonsín perdió en Chascomús". Y así hasta que alguien se para arriba de una mesa, pide silencio y comunica que Casella llamó reconociendo el triunfo de Cafiero. Y ahí estalla todo. Se canta la marchita "qué grande sos" hasta la afonía. Emerge el "se siente, se siente, Perón está presente". Siguen los cantitos. Alguien comienza con el "Volveremos, volveremos", hasta que otro corrige desde atrás; "¡volvimos, volvimos!" y el canto se da vuelta. Sobre la marcha. Por debajo se siente algo que no se dice, pero está presente: el recuerdo de los muchos que murieron por la construcción de un proyecto nacional y popular.

Cafiero comienza a hablar a la multitud que está afuera. Intentamos salir pero casi es imposible, casi no puedo escucharlo. La gente va acumulando su alegría y su presencia frente al local. Por fin me filtro por un costado, donde se asiste a los desmayados, y tomo por Tacuarí. Vuelvo a casa. Quiero abrazar a mi mujer. Y mientras regreso me cruzo con autos y camiones que van cayendo de la provincia para festejar el triunfo hasta que voy saliendo del centro y las calles comienzan a vaciarse.

Tercera: A partir de aquí tendría que reflexionar pero no tengo un carajo de ganas. Se me ocurren sólo lugares comunes o datos que están en los diarios. Mi corazoncito de laburante de la comunicación y la cultura me hace pensar: otra vez ganamos *casi* con los medios en contra, y reforzar mi fe en la gente, que no es tan manipuleable, que no es tan "masa" y pasiva. O que se pudrió de los golpes bajos del radicalismo. Yo me había preocupado por el debate Cafiero-Casella porque Cafiero no le había recordado que el despelote del peronismo entre 1973 y 1976 era producto de 18 años de proscripción, o que el idealizado Illia ganó con el 24% de los votos y el peronismo prohibido. Y esto mucha gente no lo sabe, sobre todo los jóvenes. Pero deben haber percibido algo: tal vez el gorilismo esencial del radicalismo, su actitud "educativa", su desconexión con la cultura popular, su modernismo antiobrero, su soberbia. Esa soberbia que les impidió, a pesar de los muchos "sociómetros" que tienen en sus equipos prever (o "simular") una derrota y que ahora haga que tengamos que esperar que Alfonsín reflexione y reflexione, lo cual es costosísimo para el país.

Pero más que todo, me centré en pensar en que la gente apostó al peronismo más allá de sus planes no del todo orgánicos, de sus falencias, porque vio en el laburo hecho hasta ahora por su militancia a fuerza de corazón la potencialidad para construir un proyecto nacional autónomo, abierto, participativo y con justicia social. Y aquí la gente no castigó sino que evaluó para adelante. Ahora le toca al peronismo una gran tarea, humilde y trabajosa, para responder a esta esperanza.

John Updike no corre más al conejo

John Updike, de 53 años, reside en Massachusetts desde 1957. Comenzó publicando poesía y ensayos pese a que su fama se cimienta en las novelas. Su libro más conocido, *Corre, Conejo*, le sirvió para presentar al público a su personaje favorito, Harry (Rabbit) Angstrom, protagonista de tres de sus novelas: la mencionada, *El regreso de Conejo* y *Conejo es rico*. Updike es el más prolífico representante de la llamada escuela del *The New Yorker*, revista neoyorquina que lanzó a la fama nombres como los de J. D. Salinger, John Cheever, Truman Capote, Philip Roth y James Purdy.

EL PAIS de Madrid

(Por Mervyn Rothstein) John Updike está acomodado en un pequeño y curioso asiento cerca de donde solía estar el escritorio de Alfred A. Knopf, en lo que queda de la oficina del fallecido editor –en otros tiempos una espaciosa habitación que ha sido transformada en muchas habitaciones más pequeñas–.

"Fue una sensación extraña –dice Updike–. Un poco a la manera de Proust. Me llevaron por esa serie de corredores que conozco bastante bien. Puse los pies aquí y esto no era la oficina de Alfred. Pero su escritorio sí está aquí. El escritorio ha sobrevivido."

Updike se acuerda de un poema, "Thè Furniture," de su reciente recopilación, *Facing Nature*. El poema comienza así: "Para las cosas, nosotros somos fantasmas".

"Fui a ver una exposición de fotografías en el Museo de Bellas Artes de Boston –dice Updike–. Si me dan a elegir entre ir a ver una exposición de fotografía o una de pinturas –y a mí me gusta la pintura– me voy derecho a las fotografías: el hecho de que alguna vez existiera justamente eso en alguna parte –viejas fotografías, especialmente escenas de Nueva York, tranvías antiguos, sombreros de paja... Hay ese abismo del tiempo que está detrás de nosotros, debajo de nosotros..."

"Una de las fotos mostraba un monumento egipcio que yo había visto y que apenas ha cambiado en tres mil años. La arena ha ido un poco de acá para allá, pero el monumento ha durado y durado y durado. Y con él como fondo, en la fotografía alguien se había movido y había dejado una pequeña mancha borrosa, supongo que algún camellero o lo que fuese. Y nosotros somos algo parecido a eso, somos manchas borrosas sobre las superficies de las cosas –"su vida, una mancha borrosa", escribió Updike en el poema, "una mancha oscura sobre la piedra inalterable"–, incluso algunas cosas de un mérito intrínseco no considerable, como esa silla que está en el rincón de esa habitación, tiene una probabilidad muy alta de sobrevivirnos a usted y a mí. Esto no parece justo, ¿no es cierto?"

"En el desván de la casa de mi madre, en Pennsylvania", dice Updike, "están los libros de historietas que yo coleccionaba en los años '40, los libros de Walt Disney. Yo era hijo único y un hijo muy querido por unos padres que no se mudaron mucho de casa, y tengo la suerte de conservar todavía allí muchas de las cosas de mi infancia. Los juguetes con los que jugaba aún están allí –un pequeño y curioso perro *Pluto* de hojalata que solía dar vueltas sobre la mesa de una manera de la que aún me acuerdo. Está metido en una cesta, y cuando se le da cuerda, todavía corre."

"¿No es maravilloso que sea una cosa virtualmente arqueológica surgida del limo profundo de mi remoto pasado, y, sin embargo, no se piense en absoluto que ha transcurrido mucho tiempo? Tiene un poco de orín, pero todavía corre. A mí los objetos me parecen algo duradero, tan emocionantemente permanente... Los libros. Mire de qué manera duran los libros. Pueden amarillear un poco, pero todavía están ahí."

Updike es mucho más conocido por sus obras de ficción, pero ha publicado varios volúmenes de poesía.

En Nueva York, al día siguiente de haber leído sus versos por la tarde en una universidad de Nueva Jersey, parece tener en su mente pensamientos cósmicos. "Una de las cosas que tendrían que hacer los escritores de ficción, o los de cualquier clase, es tratar de incorporar en sus obras de imaginación y en las versiones de la verdad lo que la ciencia ha venido diciéndonos durante los últimos 100 años", dice Updike.

"Al fin y al cabo se ha construido una visión alternativa total, que no estaba disponible para los humanistas del Renacimiento. Existe toda esa fantástica información sobre el mundo en que vivimos, tanto en el plano biológico como en el atómico, y la mayoría de los novelistas, y de los poetas, la ignoran. No la conocen, no quieren conocerla."

La nueva novela de Updike constituye un intento de llevar algo de la ciencia a la ficción, dice él mismo.

"El título de la novela es *Roger's Version* (*La versión de Roger*). Es un título insignificante, pero es el mejor que podemos imaginar.

En un cierto sentido está emparentada con mi *A Month of Sundays*, que fue la versión de Dimmesdale de *The Scarle Letter* narrada con un ropaje moderno."

"Esta es la versión de Roger –de Roger Chillingworth, del marido de Hester Prynne– de un caso de adulterio. En mi novela Roger Lambert es un profesor de una escuela de teología, al que se acerca un joven procedente del último curso de ciencias de la universidad, que conoce numerosos hechos científicos acerca de hasta qué punto es improbable que en nuestro universo actual se den las clases de universos que podíamos tener."

"Existe ahora un principio denominado antrópico por el que el universo tuvo que ser de la forma que es para que surgiera la vida inteligente. El principio antrópico débil, tal como yo lo entiendo, dice simplemente que desde que estamos aquí observándolo, este universo tenía que ser tal y como es.

La muerte y la depravación

"No hay ningún milagro implícito –sigue Updike–, ninguna mano divina necesaria, sino que acerca del universo puede deducirse mucho del hecho de que la vida inteligente haya tenido tiempo para desarrollarse. El principio fuerte sería que Dios hizo este mundo justo de esta manera para que pudiéramos llegar a él. De cualquier modo, este hombre de ciencia es también un hijo deforme de Jesús. Molesta tanto al profesor de teología y, por otra parte, lo fascina de tal modo, y tienen tantas y tan largas discusiones plenas de ciencia y estadística que pueden llegar a desanimar a muchos lectores. Para mí, el desafío fue el tener que servirme mucho del conocimiento informático para dar al joven alguna clase de credibilidad. Quiere utilizar el ordenador para demostrar la existencia de Dios."

Su ficción, dice Updike, contiene su lado más oscuro –un lado que no cree que aparezca en su poesía–. "Mi sentido de la futilidad y del destino y de la oscuridad es una sola cosa, es decir, el sentido de la muerte que está detrás de todo lo vivo, una especie de telón de fondo negro hecho de lamas, y si se mira en la dirección correcta, podemos ver a la muerte enhiesta a través de aquéllas, como si estuviera presente."

Mundo de perros

"Pero más allá de la muerte existe la depravación –mi padre estaba entre los más pacíficos de los hombres, y siempre hablaba de cómo este mundo es un mundo de perros que se comen entre sí, y que o se mata o se es muerto–. Nació en 1900, y por ello buena parte del denominado *welfare state* (estado del bienestar) no estuvo a punto para él. Lo que sí vio realmente fue la posibilidad de desaparición por completo de sus medios económicos y de convertirse en un parado, de morirse de hambre. Vivíamos no muy lejos de la casa de beneficiencia, y ésta estaba muy presente en nuestros pensamientos."

"Por ello, de alguna manera, todos somos asesinos, es decir, todos luchamos por el sustento y la gloria, sea cual sea lo bueno. Y hay mucho pensamiento de matar en nuestras mentes, aunque algo menos en nuestras vidas reales. Al fin y al cabo, la mayoría de nosotros no somos asesinos en cuanto que no apretamos un gatillo, pero la mayoría de nosotros somos asesinos en cuanto que con frecuencia deseamos que alguien estuviera muerto."

"En *Corre, Conejo*, el epígrafe es de Pascal –'la dureza del corazón'–. Así, yo creo que muchos de mis libros están relacionados con la dureza del corazón. *Corre, Conejo* resultaba angustioso a los lectores –todavía lo es– a causa de la dureza de corazón de Rabbit. Pero yo intentaba decir: 'Todos somos duros de corazón como lo es este hombre; no pensemos de él que es un loco'. Del mismo modo todos somos capaces de sentir piedad y simpatía en nuestras vidas ante nuestra propia supervivencia. Por eso, esto de lo brutal que es incluso la vida civilizada es una de las cosas que yo cuento en mis novelas."

Adolescencia

De todas sus novelas, Updike todavía piensa en *The Centuar* como en su favorita. "De alguna manera, encarna mi adolescencia –dice–, y es un retrato de mi padre; y yo quería a mi padre, y realmente sólo podía decirlo en ese libro; no creo habérselo dicho a él nunca."

Quizás el personaje más famoso de Updike es Harry (Rabbit) Angstrom. Hasta ahora lleva escritas tres novelas sobre él, una aproximadamente cada diez años –*Rabbit, Run: Rabbit Redux*, y la ganadora del Premio Pulitzer *Rabbit is Rich*–. Y dice que planea traer de nuevo a la luz a Rabbit.

"Me he comprometido conmigo mismo a escribir al menos otro libro sobre Rabbit Angstrom –nos dice–. Iba a haber acabado con él, pero posiblemente existe una especie de final abierto para este personaje. No es posible acabar con él. Me veo en casa escribiendo estos libros. Volviendo a Rabbit cada diez años; cuando la década está a punto de acabar me encuentro con él todavía como con algo confortable. Los libros no le gustan a todo el mundo y pueden ser profundamente imperfectos, y pueden existir límites a mi simpatía con un hombre como ése, pero el marco de Pennsylvania contribuye a que me sienta como repleto de material de una forma algo extraña."

"No he vivido en Pennsylvania durante muchos años y cuando vivía allí en mi juventud había cantidad de cosas de las que sucedían a mi alrededor que desconocía –dice Updike–. Yo era hijo de un maestro de escuela y tenía una visión del mundo bastante limitada. Pero en toda nuestra infancia estamos abiertos a la experiencia de una manera que luego deja de darse."

Updike, 53 años, ha vivido en Massachusetts desde 1957. Durante más de 30 años ha sido un escritor de éxito, y dice que todavía no encuentra nuevos retos, así como nuevos problemas.